

AL MARGEN

ANIKUILACIÓN,

ANGUSTIA

PRIMORDIAL

Lo instintivo, la impulsividad, oscila entre la fusión y la polaridad según Melanie Klein (Teoría de la ansiedad y la culpa, 1952), y esta oscilación implica la correlativa integración o disociación del propio sujeto con sus mociones.

La fusión supone univocidad de metas y certeza de medios, algo tan improbable como puede ser la activación instintiva para el animal. Pero esta relación está lejos de ser la más típica para el hombre y su situación más bien se caracteriza por el conflicto, manifestado de varias maneras. Por un lado, porque el hombre puede des-solidarizarse y poner en suspenso (y hasta oponerse a) los imperativos que lo tientan o lo acosan. También porque estos imperativos no se dan aislados, sino en el marco de una temática más amplia que - le propone otras metas con las cuales la impulsividad debe cotejarse. Todavía porqué estas mociones aparecen tanto como proposiciones del sujeto como solicitudes de la situación.

Se trata de “lo que hay que hacer” y esto es esencialmente oscuro porque lo es la demanda del objeto y el motivo del sujeto. Es que solicitud y motivo se inscriben en una relación triangular, *mediada*. El hombre puede estar vocacionado hacia la afirmación de su vida, pero le es problemático saber qué es lo que la afirma y cuál es la mejor vía para hacerlo y sólo hay claridad al precio de una mayor disociación.

A esta oscuridad responde la desfusión instintiva, la polaridad entre instinto de vida o muerte o cualquier otra: ella no es original, lo original es la impulsividad oscura y esta oscuridad se ordena con la duplicidad. La ambigüedad se resuelve entonces como conflicto entre direcciones para la acción, conflicto que angustia, que hace presente una angostura fundamental. Es la que Klein llama angustia de aniquilación —de la vida, del ser. Aniquilación refiere a nadificación, a *nada*, que se origina en ser *nato*, nacido. Por lo tanto, perecible y contingente, que tiene por destino la muerte. Esta angustia se

relaciona con el nacimiento, es que por nacer nuestro ser es nada y es ser para la muerte. Que sea experiencia de nacimiento (y no trauma) implica que no se trata de un momento, de un *ya hecho* que luego se recuerda o revive, sino de un acontecimiento originario que, como angustia de aniquilación, está presente siempre como retomable, como fondo de nuestro ser en el mundo. Y se relaciona con el nacimiento porque esta angustia es lo que da nacimiento y hace lo que llamamos humano.

Varias pueden ser las vertientes por las cuales esta angustia se presentifica. Como angustia de estallido, como respuesta del instinto de vida a la “acción interna” del instinto de muerte —lo que hace de la integración la meta de lo anímico. También en experiencias de compromiso para la vida, en las que se desvanece el poder frente a los acontecimientos. En situaciones de exclusión que recuerdan la futilidad del propio proyecto. En relaciones signadas por la envidia en la que la esencial revelación del *otro* *nadifica* al propio ser. Es decir, nace tanto en el contexto del mundo natural como en el relacional.

Esta angustia primordial será elaborada y Klein nos enseña dos caminos “espontáneos”.

Uno es el del narcisismo negador, otro el de la relación de objeto esquizo-paranoide. Aquí la angustia pasa a ser angustia ante otro que le hace al sujeto y lo que le hace lo define como inamistoso y merecedor de su odio.

Pero Klein también nos enseña que un odio similar es generado por la bondad del objeto.

Pero con esta nueva *posición* del conflicto entramos ya en la racionalidad, en otra *historia*.

Saúl Paciuk